

José Luis Flores

**MITOS Y LEYENDAS  
DOMINIO**

 Planeta

*Dedicada a los niños que fuimos*



MAR  
DEL  
NORTE

OCÉANO  
ATLÁNTICO  
NORTE

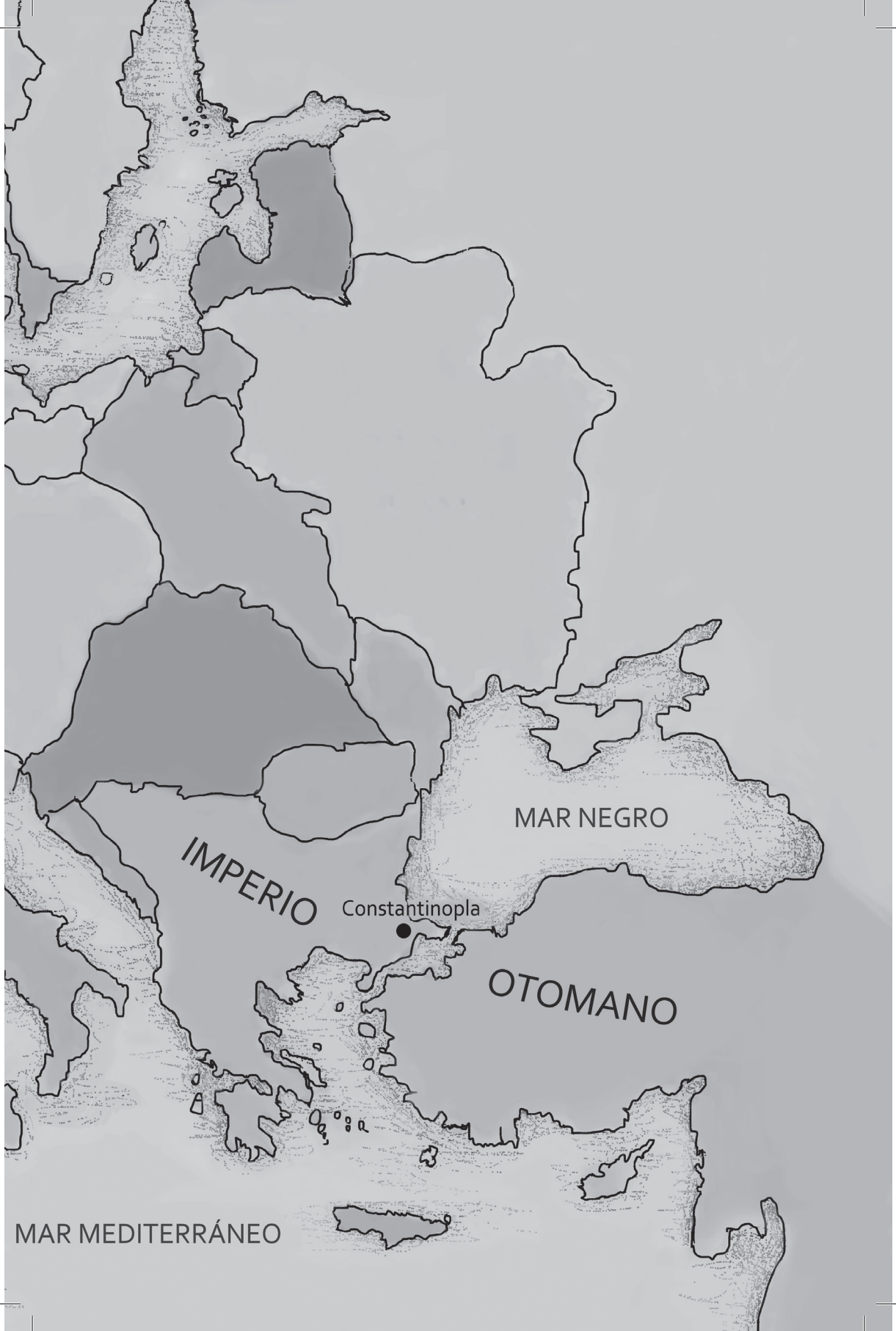
● París

REINO  
DE  
FRANCIA

D.de  
Milán

●  
Rep. de  
Florencia

MAI



MAR NEGRO

IMPERIO

Constantinopla

OTOMANO

MAR MEDITERRÁNEO

# LIBRO UNO

### I

#### Los niños de Otukan

La memoria humana es frágil, feble y caprichosa. Tanto es así que alguien podría afirmar, sin mucho riesgo de error, que en su recorrido por el mundo hemos olvidado mucho más de lo que somos capaces de recordar. A pesar de esto, oculto, dentro de cada uno de nosotros hay un lugar intocado por el pensamiento lógico, ahí se esconde un legado recóndito. Este está compuesto por un millar de piezas dispersas como las historias de nuestros ancestros, algunas cuantas ficciones, y por aquellos mitos y leyendas que alguna vez creímos. Para traerlas a la memoria no es necesario usar la inteligencia, sino que debemos escuchar nuestro propio silencio. Entonces, como el canto de una sirena, nos llamará.

La composición de este tesoro es incierta, varía de persona en persona. A veces son canciones, paisajes perdidos e imposibles, seres fantásticos, deidades innombradas, incluso ciudades completas yacen bajo las aguas del tiempo. Aún podemos pronunciar algunos de esos nombres, como en un anhelo de hacerlas regresar: Atlántida, Mu y su gemela Lemuria, Hiperborea y Shangri-La. Esta historia comienza en una de ellas, una algo más humilde, cuyo nombre se pronuncia menos frecuentemente, Otukan.

La urbe en cuestión ha sido construida en la piedra viva, ocupando completamente la cara oeste de la montaña. Casas, templos y torres se han trepado por la suave pendiente del cerro. Esta vista podría impresionar a cualquiera, y es lo que maravilla a sus ocasionales visitantes. Sin embargo, los que conocen sus

secretos, saben que lo realmente asombroso está al interior del monte mismo, donde florece la verdadera ciudad. Ninguno de sus ciudadanos la ha abandonado, y aquellos extranjeros que entran a ella jamás vuelven a cruzar sus puertas.

Se dice que está liderada por una orden de monjes, los mismos que esconderían magias arcanas, riquezas infinitas, libros enigmáticos y artefactos muy adelantados a sus tiempos. Pero todas esas son habladurías, rumores que se dicen los comerciantes cuando cruzan la orilla este del Mar Negro. Si bien la ciudad sí esconde un patrimonio notable, textos sagrados de gran valor y mapas que podrían llevar a más de un botín, su verdadero tesoro son los niños y jóvenes que detrás de sus paredes han encontrado refugio tras sus gruesas paredes. Cada uno de ellos esconde un poder sobre alguna esfera de la existencia, hay quienes pueden hablar con los viejos dioses, otros, convocan a las bestias más feroces, o manejan cada una de las artes de la guerra.

Estos juveniles prodigios han sido escogidos por sus ciudades y llevados a Otukan para que perfeccionen sus artes. Desde el mediterráneo helénico, hasta las urbes fenicias, desde los bosques de Escandinavia, hasta la China de Qin Shi Huang y los misteriosos pueblos Mayas de Mesoamérica. Todos unidos en una hermandad secreta, destinada a la protección de la humanidad en su totalidad.

Vainamoinen, Guardián del Alto Secreto, había sido comisionado para entrenar estos futuros héroes. Siempre con la esperanza de que la gran batalla entre la gran sombra y la luz no ocurriese en su tiempo de vida, mucho menos en los de sus niños. El viejo caminó despacio, rumbo a la torre norte, desde donde pudo observar el gran desierto y la puesta de sol.

Intentó un pequeño conjuro de adivinación, uno que había usado muchas veces para saber qué deparaba la semana, sin embargo, la visión fue oscura, confusa. No quiso darle mayor importancia, después de todo, la noche era un alivio. Pronto

el edecán tocaría la llamada a dormir y tanto sacerdotes como estudiantes terminarían con su ajetreado devenir.

## II

### La Bruja

Los cuervos hicieron una ronda en torno a la joven que todos llamaban Morrigan. A pesar de que el atardecer estaba próximo, estaban felices y a gusto en aquella prodigiosa compañía. Las aves hicieron una pirueta hacia el cielo y luego se dejaron caer sobre ella, cubriéndola con sus alas hasta formar una masa negra, viva e informe.

Dieron una última ronda alrededor de la torre, para luego, impulsados por el instinto de aves diurnas, se desbandaron y huyeron en busca de refugio. Pero la lozana hechicera no dejó su danza, otras formas se aproximaron a ella, eran seres de la noche, criaturas venidas de rincones húmedos, salidas de las primitivas ruinas que por entonces rodeaban Otukan.

Como los demás alumnos de la ciudad, ella había venido desde muy lejos, de un país boscoso, de una tierra lluviosa y esmeralda. Aunque llevaba tan solo un par de semanas en aquel desértico paraje, se preguntaba si aquella antigua tierra no sería más que un sueño, una memoria inventada. Es que, a diferencia de los otros estudiantes, ella no había sido enviada por su gente, sino que había sido expulsada de su clan. Las grandes guerreras de Carman, las mujeres que iban a la guerra pintadas de azul, le temían. Su madre la llamó demonio y la vendió a los piratas del continente. Dos años estuvo recorriendo puertos y desfilando en mercados de esclavos, hasta que aquella mujer griega, la dama Circe, pagó su precio y la condujo a aquella aparente libertad.



Cuando recordaba aquellas miradas de rechazo, aquel abandono intencional, las sombras a su alrededor se hacían más fuertes y las palabras que le susurraban se hacían más claras. Querían estar dentro de la chica, dominarla, someter sus poderes a su lúgubre voluntad.

De pronto, le fue imposible dominar aquella ronda. Quiso concentrar su voluntad para alejarlas, pero no era como con los cuervos, aquellas cosas se movían con una inteligencia y malicia propia. Intentó pedir ayuda, pero su garganta no tenía la fuerza de gritar. Entonces, para su sorpresa, aquellas sombras sintientes se detuvieron. Ella pudo ver cómo aquellos pequeños y arteros ojos se le quedaban mirando, paralizados por una magia más grande que ellos. Luego, como si nunca hubiesen estado ahí, se hicieron polvo, hasta no dejar huella alguna.

Morrigan, la niña bruja, miró directo a su salvador.

—Tienes talentos para manejar las sombras —dijo Vainamoden sonriendo.

La chica, que aún no cumplía los quince años, bajó la cabeza, avergonzada ante su nuevo maestro.

—Eso me hace mala, ¿verdad?

Su pregunta resonó en la noche recién naciente. El alto maestro se arrodilló para quedar a la altura de su nueva estudiante. Mientras el resto de los aprendices se agrupaba en el salón central, haciendo el suficiente ruido como para distraer a la improvisada pareja.

—Eso te hace quien eres —dijo el vetusto mentor—, para bien o para mal. Lo que hagas con tus dones es tu elección. Yo no sé si eres malvada, o si alguien o algo realmente lo es.

El gran maestro miró hacia abajo, a los patios interiores de la ciudad, por donde cruzaban algunos discípulos rezagados.

—Según yo veo —continuó Vainamoinen—, todos tenemos necesidades y defectos que solo podemos superar con la ayuda de otros. Mira a Ng Mui, por lejos es la estudiante más fuerte, un día tendrá que recurrir a un amigo noble y sensible

para que su corazón no se vuelva de piedra. O el pequeño Hippias, quien precisará de alguien para que confíe en él para poder ser quien realmente es, todos necesitamos de los otros para crecer.

La chica movió su cabeza en señal de no entender nada.

—Solo digo que tus sombras van a necesitar a alguien que les muestre la luz. No me hagas caso y baja a cenar.

Mientras Morrigan se dirigía a los comedores, se preguntó si aquellas sombras habrían sido la fuente de interrupción de su pequeño conjuro. De ser así, estaba ante una fuente de poder profundo y oscuro, uno que él no estaba seguro de poder contener.

### III

#### Una oscuridad viva

La educación de la chica no era un camino sencillo de andar. El maestro la obligó a entrenar con los mayores, que habían pasado años preparándose en las artes arcanas. Quizás fuese porque eran los únicos que podían resistir los embates de sus tinieblas, o, tal vez, quería forzar su desarrollo.

Las maestras de lenguas le obligaron a leer en griego y arameo. Incluso tuvo que componer oraciones en aquellos idiomas, sin embargo, lo más complejo eran las pruebas físicas. Nunca se había considerado una persona atlética, y había comprobado que no estaba equivocada.

—¿De dónde vienes? —Preguntó la Dama Circe en una de sus visitas.

La chica lo pensó. Debía contestar usando cualquiera de los idiomas que se hablaban en la ciudad, pero ella no manejaba ninguno de esos con seguridad.

—Yo vengo de la tierra misma —dijo usando la lengua de los helenos—, nací de la rabia del suelo mismo.

No era verdad, al menos no del todo. Ella no estaba hablando de su nacimiento físico, sino de su verdadero nacimiento, aquel momento en que surgieron sus dones.

Unos años atrás, en los bosques eternos, una niña que aún no recibía su nombre, vio algo que debía. Era un ser sintiente, pero no necesariamente dueño de vida. Su piel parecía estar hecha de piedra y alquitrán. Sus ojos eran llamaradas infaustas que brillaban en la penumbra de aquella selva fría. Sus brazos largos llegaban al suelo. Conocía los viejos cuentos, pero no podía decidir si aquello era un monstruo, un dios o un demonio. Lo cierto es que la criatura volteó su gran cabeza, buscando cruzar miradas. Entonces uno vio al interior del otro, y todo pareció cambiar.

A veces Morrigan creía que aquel encuentro había sido un sueño, otras, estaba segura de que realmente había pasado. Lo cierto es que ambos se dijeron cosas, era incapaz de recordarlas en los momentos de vigilia. Sin embargo, a veces, cuando está medio dormida, palabras habladas en el viejo idioma, regresan.

—La oscuridad fue usurpada por la luz.

Nada más que eso. Breve e inconsistente. Pero ella tenía claro que aquel ser en el bosque no era su amigo. Contrario a eso, la arruinó, la marcó. Despertó aquello que en Otukan llaman sus poderes, sin embargo, no fue un don, pues la transformó en un paria, la lacra de su sociedad. Ya era suficiente con ser una mala atleta y una peor guerrera, no había necesidad de transformarse en una bruja.

Aquella noche su inquietud fue mayor que su agotamiento. Podía ver extraños movimientos en las paredes, como si la sombra misma de su habitación se moviese con una líquida agilidad. No era la primera vez que le pasaba. La Santa Penumbra, así llamaba a ese fenómeno.

Por unos instantes le pareció ser parte completa del cosmos, que su habitación realmente flotaba en la vastedad universal. Pero no era un sentimiento agradable, porque presentía que entre las calladas estrellas se escondía algo realmente siniestro, cruel y, sobre todo, hambriento. Algo que asustaba incluso al mismo Cronos, a quien siempre ha adivinado en el firmamento.

Quería pedir ayuda, contarle a alguien de aquella presencia, pero sus compañeras de habitación dormían el sueño de los justos. Además, apenas había comenzado a entender el idioma que aquellas chicas usaban para comunicarse.

Sobre el techo de la habitación, un pequeño ejército de escorpiones negros comenzó su desfile.

—Si gritas las dañaremos —dijo una de aquellas cosas—, podemos lastimarlas en lugares que no pueden verse con los ojos.

Aquellos nocivos seres fueron prontamente reemplazados por seres similares a ratas, cuyas cabezas eran cadavéricas. Cada roedor que pasaba se le quedaba mirando con ojos vacíos, incapaces de captar la luz.

—Estamos cerca —dijo aquella conocida voz—, volverás con nosotros.

Sintió que mover sus brazos le sería imposible. Estaba atada a la cama por tentáculos fríos y hechos de la misma penumbra que la rodeaba.

Estaban jugando con su mente, eso debía ser. Una pesadilla vivida provocada por la comida o quizás un conjuro menor. Trató de despertar, pero no podía despegarse de aquel adormecimiento casi lúcido. Luego, no mucho después, los bichos perdieron su forma hasta transformarse en la geografía natural de la habitación compartida.

La joven bruja se escondió bajo las mantas. Algo estaba por venir, tan solo rezó que la ciudad milenaria fuese lo suficientemente fuerte para resistirlo. De lo contrario, un nuevo tipo de oscuridad subyugaría a los inocentes habitantes de la ciudad

santuario. Por primera vez se encontró rezando por el alivio del padre sol, por una mañana limpia y despejada de todo mal. Lamentablemente esa clase de deseos rara vez se nos cumplen.

## IV

### El enjambre

Uno de los vigías tocó el Shofar tres veces. El cuerno señalaba la presencia de un asaltante. Vainamoinen dejó su refugio y se preparó para recibirlo. Sus poderes bastaron para hacer retroceder a las obscenas tinieblas que intentaban envolverle.

Otukan no contaba con un ejército propiamente tal, sin embargo, tenía guardianes bien entrenados. La mayoría de ellos eran *Areneros* venidos del sur, parte de lo que alguna vez había sido la élite celestial y, además, contaban con grupo de hoplitas que, sin duda, presentarían una buena defensa.

Por un momento creyó que sus fuerzas bastarían para repeler al enemigo, sin embargo, los cadáveres que encontró en el pasillo le quitaron la poca esperanza que le quedaba. No estaban peleando contra una banda de humanos, sino contra un enjambre de abyectas sombras.

Un par de criaturas infaustas se le aproximaron, alguna clase de reptil o anfibio quizás. Engendros que para cualquier usuario promedio resultaban fáciles de invocar.

—¿Eres comida? —Preguntaron aquellas cosas.

El maestro ni siquiera se dignó a contestar, hizo un gesto leve y lanzó una bola de fuego que los transformó en un montón de sucio polvo.

—Lo bueno es que no tendré que barrer eso.

Se rio de su propia broma. Necesitaba todo el valor que podía juntar en su anciana humanidad. Bajó a la explanada que en otros tiempos recibió a reinas y hombres santos, pero que ahora

se abría ante un traidor. Un usuario de los viejos nombres, que estaba empleando su conocimiento para llamar a algo tan malo que hacía temblar a los mismos diablos del averno.

Habían ensayado muchas veces qué hacer cuando llegase el peligro, pero aun así todo parecía muy abrupto, todavía no estaban listos. Un par de años y los niños hubiesen sido capaces de defenderse por sí mismos. Sabía quiénes eran aquellos que venían por el camino principal, y qué era lo que estaban buscando. Lo más probable era que fuesen Sármatas, o que estuviesen disfrazados como ellos. La verdad era que representaban un mal mucho más arcano que un simple imperio humano tratando de ganar unos kilómetros más de señorío.

Desde su mirador pudo ver dos enormes alas negras alzándose. No bastaban para identificar al asaltante detrás del ataque, sin embargo, se podía adivinar su abismal procedencia.

Escuchó el lamento de los que por años habían sido sus amigos. Curó a los que pudo, pero en la mayoría de los casos sus heridas estaban más allá de su poder. Tan solo podía aliviarles su dolor.

Lanzó algunas bengalas de fuego, que bastaron para hacer retroceder a los agresores más cercanos. Luego, descendió por las escaleras que llevaban al templo mayor que estaba escondido a unos quince metros en el corazón de la montaña viva. Ocho de sus discípulos se apersonaron en aquel frío lugar, tal como lo habían ensayado tantas veces.

—Son ellos —dijo Morrigan.

Esa seguridad casi paralizó el corazón del anciano, pero la joven hechicera tenía razón, eran aquellos ellos que habían aparecido en sus pesadillas desde que había sido separada de los suyos.

El sabio miró los pergaminos que estaban acomodados en la biblioteca que su propio maestro había organizado unos cuarenta años atrás.

—Somos custodios de los secretos —dijo el anciano—, es hora de que los poderes de estos regresen al País Nunca Visto, al corazón del Dominio.

Los chicos asintieron. El maestro confesó no tener más guías para ellos. Ni siquiera sabía si aquella legendaria fortaleza existía o no. Él mismo la había buscado por años. Quizás fuese una metáfora, o una simple ilusión creada por los viejos maestros. Esperó que no, por el bien de sus alumnos

Había que apresurarse. Él estaba muy viejo para escapar, de manera que siete de sus ocho estudiantes tomaron un pergamino.

—Cada uno de ustedes cruzará un túnel —dijo Vainamoinen abriendo una serie de brillantes portales—, no me pregunten dónde conducen, solo puedo decirles que es hacia el futuro, un paso más cerca de nuestra meta.

Morrigan pudo sentir la magia de aquellas galerías, cómo se bifurcaban en el espacio y el tiempo, dejando atrás lo que los humanos comunes llaman realidad. Uno a uno vio como desaparecían sus camaradas y compañeros. Aunque nadie se lo dijo, sabía que, si algún día se volvían a ver, ya no serían los mismos.

Una explosión sacudió la vieja ciudad. Una de las torres había caído. ¿Dónde estaban los refuerzos de la Dama Circe? Aquella poderosa dama que había sido capaz de pagar por su libertad. La respuesta era clara, no habría ayuda alguna.

—Sé quiénes son —dijo la niña—, me quedaré con usted. Son las mismas sombras que viven dentro mío.

El viejo sonrió y negó con la cabeza. Le entregó un pergamino roto. Se escuchó un nuevo estruendo. Una vez que la sonajera hubo terminado se decidió a hablar:

—Encuentra a alguien que camine por la luz y que te ayude a terminar tu propio pergamino, entonces, tú también encontrarás el Castillo Invisible.

La chica dudó qué hacer, pero un gran empujón del maestro la guio dentro del túnel. Caminó por un brillante pasillo

que fue perdiendo intensidad a medida de que se aproximaba a la salida. Se puso en guardia. Iba a emerger en un tiempo desconocido, probablemente en una tierra ignota, y ella no era como sus compañeros y compañeras, no hablaba mil idiomas. Dudó un momento y surgió.

Lo primero que vio fue una gran luna plateada dominando la noche. El viento le pareció familiar, los bosques a su alrededor se parecían a aquellos que la habían visto crecer. Pero los túneles del tiempo solo se movían hacia delante, retroceder en el tiempo era imposible.

Notó que no estaba sola. Una, dos, seis mujeres la rodeaban. Sus vestidos eran extraños, como ninguno que hubiese visto antes. Aun así, transparentaban su profesión, eran brujas, tal como ella. La energía de sus magias eran hilos de colores, cargados con el poder de los tiempos.

—Bienvenida, hermana.

Las mujeres le ayudaron a incorporarse. Ya no había señal del viejo portal, ahora su hogar era un lugar llamado futuro.



## SEGUNDA PARTE: EL FLORENTINO

---

1472 D.C. República de Florencia

### I

#### Un maestro

Dicen que la lluvia tiene su propio lenguaje, sin embargo, no todos reaccionan de la misma manera al oír sus palabras. Algunos se encierran para verla a través de sus ventanas, o ignorarla desde el seguro interior de sus hogares. Hay quienes, al verla llegar, corren en busca de refugio, como si estuviesen frente a una plaga. Otros la cruzan corriendo, con la esperanza que su velocidad humana baste para evitar quedar impregnados de aquel húmedo verbo. Tan solo unos pocos la esperan con ansias y se quedan recibiendo su abrazo.

Su nombre completo era Leonardo di ser Piero da Vinci. Algún día sería conocido como el arquetipo y símbolo del hombre del Renacimiento, el gran genio universal, pero aquel día de noviembre tan solo era un joven feliz. Tenía veinte años y acababa de ser inscrito en el libro rojo del Gremio de San Lucas. La gran asociación de los artistas y doctores en medicina que en Florencia se agrupaba con la denominación de la “Campagnia de pittori”. Cumpliendo de esta manera con una ley vigente desde el siglo trece, la que decía que todo florentino que deseara ocupar cargos públicos en el gobierno de la república debía estar inscrito en alguna de las agrupaciones de oficios de la ciudad. Leonardo por fin tenía un lugar en el mundo.

Era un joven de una belleza infrecuente e incómoda. De mirada viva y perspicaz; los largos cabellos que recordaban al trigo y una barba rala enmarcaban su rostro, escondiendo sus rasgos elegantes, pero casi infantiles.

Extendió sus brazos y abrió las manos, como queriendo agarrar la mayor cantidad de agua posible. Su mano izquierda le dolía un poco por culpa de una lesión que se había provocado mientras reparaba una de las obras escultóricas de su maestro, Andrea del Verrocchio. Pensaba en el movimiento que hacían sus nervios y pronto ya no le lastimaba tanto. Quienes lo vieron creyeron estar en presencia de una visión divina, pero aquella no era la visita de un santo, sino la permanencia mortal y humana de un genio.

Levantó la vista y vio las nubes moverse con velocidad. El viento las arrastraba con fuerza. Un pequeño halcón intentaba mantenerse en vuelo, lo logró haciendo piruetas que distaban de su natural elegancia.

El agua corrió por su rostro, siguiendo el mismo camino que seguirían sus lágrimas. Tal vez llorase en aquel momento, pero ni siquiera él podría asegurarlo, tal era su emoción.

—Te vas a enfermar —dijo Pulci.

La voz del joven poeta venía desde el dintel de una puerta cercana. El maestro sonrió al reconocer a su amigo y caminó hacia él.

—No está en mis planes hacer cama por estos días —dijo Leonardo.

Su humor estaba más allá de las negras nubes. No solo su nombre había aparecido en el libro oficial, sino que la ciudad le había autorizado a abrir su propio taller. El primero en llevar su nombre propio.

Luigi Pulci era un hombre alto, de rasgos lombardos. Solía escribir sobre grandes épicas, caballeros y ogros. Algo de esos seres se le había pegado, pues entre los jóvenes artistas de la ciudad solían decirle el *gigante*. Leonardo no era un hombre de estatura baja, pero se veía disminuido ante el escritor de evidentes rasgos germánicos.

—Imagino que te han llegado muchas comisiones —dijo el rubio poeta—, siento un poco de envidia de ti. Yo sigo pidiendo dinero a mis abuelos.

El joven maestro se alzó de hombros e hizo una señal para que le siguiera. El vacío taller recibió a ambos hombres.

—En primavera lo tendré andando —dijo Leonardo con orgullo casi infantil—, el maestro Verrocchio me dejará trabajar en su taller hasta entonces.

Esto último provocó un silencio entre ellos. Sabían que el veterano pintor y escultor seguía algo resentido por el temprano abandono de su mejor alumno. Aunque no habían cortado lazos, y les quedaban varias obras para hacer juntos, el inquieto da Vinci necesitaba espacio, más que el resto de sus alumnos graduados.

Los amigos brindaron y se desearon lo mejor el uno al otro. Estaban en medio de una conversación sobre pintura y teatro griego cuando una sombra gris los interrumpió.

—¿Quién de los dos es el señor Leonardo?

El artista dio un paso adelante y con un tono desafiante contestó:

—¿Quién pregunta?

El hombre no contestó, se limitó a acercar un exiguo pergamino a los jóvenes maestros.

—Tiene el sello de Médici —dijo Pulci tomando el mensaje.

Leonardo se movió rápido y se lo arrancó de las manos. La nota cerraba exigiendo confidencialidad en extremo y bajo apercibimiento de castigo, soltó un resoplido, se moría de ganas de enrostrársela al poeta, o a cualquier otro. En vez de eso la guardó entre sus ropas.

—Supongo que esta conversación ha terminado —dijo el poeta con resignada serenidad.

La lluvia ya había amainado para cuando los amigos se separaron. Su estómago bailaba lleno de mariposas, pero aquello estaba lejos de ser una reunión normal y eso lo sabía. El secreto